



---

**RECENSIONES**

---

Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2016, 575 páginas, por **Eduardo González Calleja** (Universidad Carlos III de Madrid).

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2017.3516>

---

El último libro de Núñez Seixas confirma el tránsito, relativamente rápido, de la historia militar española desde la inicial literatura de relatos heroicos y aventureros de carácter apologético (lo que la historiografía anglosajona define con el término de *drums and trumpets history*) a la historia técnico-profesional estrictamente militar centrada en campañas y unidades, su ampliación a aspectos político-diplomáticos, y el último viraje —que en las historiografías más maduras se remonta a hace casi medio siglo— hacia la vertiente sociocultural de los conflictos armados. Es en esta tendencia definitoria de la “nueva historia militar” donde se debe insertar el presente trabajo, que se centra en dos aspectos muy tratados por la historiografía más vanguardista preocupada por el paradigma analítico de la “cultura de guerra”, esto es, por las representaciones propias y del enemigo: la experiencia en combate de los soldados corrientes y la memoria vinculada con el trauma bélico en sus diferentes expresiones colectivas y declinaciones espaciales y temporales.

El carácter interclasista de la División Azul y su incardinación simbólica en un régimen dictatorial de tan larga duración como el franquista han hecho que su memoria, transmitida de forma capilar en la sociedad española durante décadas, tuviese una influencia mucho mayor que otras expresiones mnemónicas elaboradas en los guetos colaboracionistas y excombatientes europeos de la segunda posguerra. Hasta el punto de poderse hablar de una memoria idealizada en una causa perdida (donde se realiza el falangismo inconformista antes que el filonazismo) que tuvo amplia influencia en la España franquista —al fin y al cabo, un régimen residual del Nuevo Orden europeo—, y cuya presencia sigue siendo incómoda en la actual España democrática, donde se ha seguido manteniendo y cultivando una memoria oficial fundamentalmente positiva que realza el aventurerismo y anticomunismo de esa última expedición militar de nuestra historia. Buena muestra de su posición equívoca en el imaginario colectivo español es que en 2004 el Ministerio de Defensa quisiera equiparar a los divisionarios colaboradores de Hitler con los republicanos liberadores de Francia en el desfile del Día de las Fuerzas Armadas, o que en el actual debate sobre el cambio de nomenclatura de algunas calles de Madrid en aplicación de la llamada “Ley de Memoria Histórica”, algunos tertulianos televisivos sigan insistiendo en reivindicar esta intervención armada bajo el manido tópico de la liberación de Rusia del “yugo comunista”.

En esta reconstrucción eminentemente cultural de la experiencia de combate de la División Azul y sus unidades directa o indirectamente vinculadas o sucesoras hasta el final de la Segunda Guerra mundial, Núñez Seixas cuestiona el tópico de la excepcionalidad española —ejemplo señero de un autismo historiográfico que encubre no pocos argumentos exculpatorios—, y sitúa la experiencia combatiente divisionaria en el marco de otros voluntariados y ejércitos europeos coetáneos, lo que incluye su participación en las violencias de guerra vinculadas con las operaciones antipartisanas, la deportación y el exterminio de judíos, el fusilamiento de comisarios políticos comunistas o las represalias indiscriminadas contra la población civil.

En el capítulo preliminar se analiza tanto la imagen del Tercer Reich como de Rusia en el fascismo español. Resulta llamativo el tránsito de la visión exótica y hasta cierto punto romántica de la Rusia de inicios del siglo XX a su erección en epítome del Mal absoluto vinculado con un proceso particular de deshumanización y desnacionalización del enemigo. La percepción del ruso fue, en cierta medida, bastante similar a la del combatiente rifeño de la guerra colonial o el combatiente republicano de la contienda civil: apático, fatalista y sometido a la miseria moral y material del comunismo, como evidencia el aspecto deshumanizado de las columnas de prisioneros, descritas como “un mísero rebaño de animales”.

Esa reelaboración simbólica del enemigo bolchevique resultaba un paso necesario en esa lucha entre dos cosmovisiones incompatibles que actuaba como trasfondo de la guerra de exterminio. A partir de las “Órdenes criminales” impuestas por Hitler (regulación de las actividades de los *Einsatzgruppen*; directrices para la conducta de la tropa contra agitadores, guerrilleros, saboteadores, judíos y bolcheviques; orden de trato a los comisarios políticos y decreto sobre el ejercicio discrecional de la jurisdicción militar), Rusia se convirtió en el escenario de una guerra criminal en su concepción y ejecución, pero también en la palestra de una contienda extremadamente feroz por la dureza de los combates. Esta brutalidad acumulativa es interpretada por el autor de dos maneras, que coinciden con las dos interpretaciones básicas que se han dado de la Solución Final del problema judío: la “situacionista” que pone el énfasis en las especiales condiciones ambientales del frente oriental que alentarían la guerra de exterminio, y la “intencionalista”, explica la predisposición a la violencia como fruto de años de adoctrinamiento nacionalsocialista en la lucha a muerte de la civilización europea contra el bolchevismo asiático.

En el caso de la División Azul, el autor parece inclinarse por la tesis “situacionistas”: a pesar de los criterios previos de reclutamiento (espíritu falangista, experiencia militar, juventud...), no faltaron oportunistas, delincuentes o los típicos desesperados sociales. Pero la mayor parte de los voluntarios eran falangistas, católicos o anticomunistas, movidos por ideales como el afán de aventura o la vaga idea de un Nuevo Orden europeo, pero también por razones más prosaicas como el medro profesional, la soldada, la redención de penas o la simple venganza. Ser veterano suponía una ventaja adicional a la hora de acceder a puestos públicos, en todas las esferas del Estado: dos ministros, 22 procuradores en Cortes e innumerables mandos militares, embajadores, jueces, gobernadores civiles, alcaldes o presidentes de Diputación hicieron valer sus méritos divisionarios hasta el comienzo de la transición democrática.

La composición social de la División Azul era un caleidoscopio de la España vencedora y de parte de la vencida. Los falangistas fueron siempre una minoría (un 15-20% del total), pero formaban el núcleo duro ideológico de la unidad, si bien el carácter voluntario fue declinando con el paso del

tiempo, especialmente en los reemplazos de 1942 y 1943. El reclutamiento fue escaso en las regiones carlistas, y mayor en las provincias que habían sido republicanas hasta el final de la guerra, como Madrid, Valencia o Murcia. El carácter popular e interclasista de los voluntarios se aproximaba en grandes rasgos al perfil social de sus provincias de origen, aunque con un mayor peso relativo de las clases media y media baja. Muchos eran soldados, trabajadores de cuello blanco, obreros manuales cualificados, artesanos, empleados, estudiantes universitarios y funcionarios, con una significativa representación de jefes y “camisas viejas” falangistas: jefes provinciales y locales, consejeros nacionales, dirigentes del SEU, etc. A la hora de valorar su implicación ideológica, Núñez Seixas diferencia entre falangistas, ex combatientes y “franquistas de guerra”. También hubo antiguos izquierdistas en busca de oportunidades para salir de España y pasarse al Ejército Rojo. Se dictaron hasta 21 condenas a muerte por desertión o traición, de las que 14 fueron ejecutadas.

El tercer capítulo da cuenta de los primeros pasos de la denominada oficialmente 250 División de la Wehrmacht en su relación con los camaradas de armas y la población civil alemana y ocupada. Como contraste de la admiración española por el pretendido igualitarismo del Ejército alemán basado en la *Volksgemeinschaft* —se resalta la ausencia de castigos físicos—, los alemanes criticaban la desigualdad de trato, los privilegios y las prerrogativas de los oficiales y suboficiales españoles respecto de la tropa. El soldado hispano era valorado por su valor individual, su capacidad de resistencia, su camaradería y su solidaridad en el combate, pero se reprochaba la baja capacidad de mando de oficiales y suboficiales. El general Muñoz Grandes definió de manera lapidaria el parecer del Alto Mando germano: “como nación yo creo que no nos toman en serio”. En marzo de 1942, la corte castrense del Cuerpo de Ejército señalaba que los mayores problemas de disciplina se localizaban en la división española (p. 269).

El capítulo cuarto narra la experiencia combatiente de la División Azul en el frente de Leningrado: una prolongada guerra de cerco y desgaste en un frente secundario, al menos para las preocupaciones estratégicas de Stalin. En los pantanos del río Vóljov la guerra fue extremadamente dura en los dos meses postreros de 1941, aunque no tanto como en el interior de la ciudad, escenario de una hambruna de contornos apocalípticos. Los combates para la reducción de la bolsa soviética del Vóljov continuaron hasta mediados de 1942. En septiembre la división fue enviada al frente del Leningrado, donde el mando alemán siguió juzgando su rendimiento defensivo con desdén. Ante el desgaste sufrido, se aconsejaba despegarla únicamente en funciones defensivas en segmentos tranquilos del frente. La cuestión del relevo ya se planteó en España en diciembre de 1941, ante el fracaso de la ofensiva hacia Moscú, pero la División Azul se mantuvo en activo hasta su retirada en noviembre de 1943. Quedó en el frente una Legión Azul compuesta únicamente de 2.269 voluntarios desmoralizados e indisciplinados.

El quinto capítulo aborda el vidrioso asunto de la política de ocupación. Sin duda alguna, el gran tema tabú en el estudio de la División Azul es su actitud ante la población rusa y los prisioneros del Ejército Rojo. Se rompe aquí con la leyenda del trato benigno hacia ambos: los divisionarios españoles se atuvieron a las directivas generales para la conducta de la tropa en Rusia. Ciertamente que en el frente norte la brutalidad de la guerra fue menor que en otros sectores, pero la relación entre ocupantes y ocupados distó mucho de ser idílica: hubo graves incidentes con los campesinos desde Polonia, robos y requisas en Rusia, escaso autocontrol en el trato con las mujeres (aunque los partes oficiales apenas hablaban de abusos deshonestos) y ejecuciones de prisioneros en el fragor de la lucha o

de partisanos en aplicación de la política de represalias. Este tipo de violencias, que apenas aparecen citadas en la abundante memorialística excombatiente, se intensificaron desde mediados de 1942, cuando la División Azul ya efectuaba tareas de vigilancia en la retaguardia, pero sin la minuciosidad ni la brutalidad de los alemanes, sino aplicando métodos ya empleados en la guerra colonial. En suma, la División Azul no tuvo papel protagonista en la guerra de exterminio de la Wehrmacht en el frente oriental, ya que la tropa no estaba socializada en el racismo biológico nazi ni el relativamente tranquilo y estable frente de batalla propició una radicalización acumulativa de la violencia contra el enemigo y la población civil. Aunque en la campaña rusa reapareció una cultura de guerra heredada del conflicto civil y que se pretendía mantener viva a toda costa, los combatientes no fueron adoctrinados en los principios biológicos que justificaban el sometimiento racial y el eventual exterminio de los pueblos eslavos. El indudable sentimiento de superioridad cultural hacia la población autóctona no se dirigía a exterminarla o a esclavizarla, sino a hacerla retornar al redil de la civilización cristiana mediante la erradicación del comunismo. En cuanto a la cuestión judía, el antisemitismo latente y genérico de los combatientes españoles se proyectó muy ocasionalmente sobre una población hebrea ya muy mermada desde 1941 por su huida hacia Leningrado o su concentración y ulterior exterminio por el *Einsatzgruppe A* antes de la llegada de los combatientes peninsulares, que fueron en general los típicos espectadores pasivos del Holocausto.

El capítulo seis, más breve, da cuenta de las secuelas de esta expedición militar: la incorporación de la Legión Azul en la Wehrmacht y las Waffen-SS, en las que se intentó incluso formar un regimiento patrocinado por la Falange. ¿Fueron estos irreductibles un fenómeno marginal —casi delincuencial— de veteranos inadaptados, un epílogo romántico de una causa de trascendencia continental o un embrión frustrado de colaboracionismo? De todo hubo, pero la comparación sistemática con otras experiencias de voluntariado europeo al servicio del Tercer Reich revela que los combatientes españoles (que fueron más del 40% de los voluntarios de Europa occidental y nórdica) no se sintieron especialmente atraídos por la apelación europeísta, a pesar de la idealización posterior de su compromiso combatiente como antecesor directo de la OTAN por parte de la propaganda anticomunista y neofascista de la Guerra Fría.

El último capítulo revisa el legado y la memoria de la División Azul, que desde julio de 1942 contó con una Inspección General *ad hoc* en el seno de la Delegación Nacional de Excombatientes. Se analizan los rituales públicos centrados en el culto a los caídos y lugares de memoria como los recintos funerarios (desde el voluntario desconocido inhumado a expensas del Ministerio de Defensa en el madrileño cementerio de la Almudena en abril de 1994 a los dos millares de tumbas del cementerio de Pankowa establecido en 1997 en las cercanías de Novgorod) o las propias hermandades locales, que entraron en crisis a partir de los años setenta, cuando el declive biológico de sus afiliados las transformó en auténticas cápsulas del tiempo donde se depositaban las memorias de los vencedores vencidos en la lucha por una España auténticamente fascista. Su legado memorial apareció cada vez más patrimonializado por sectores de la extrema derecha, que lo reactivaron ocasionalmente como respuesta a la campaña de recuperación la memoria histórica de los vencidos en la Guerra Civil, especialmente entre 2004 y 2011.

Mucho camino se ha recorrido desde las ensalzadas memorias de combatientes al estilo de las realizadas por Fernando Vadillo o los ensayos académicos de historia político-diplomática-militar que alcanzaron su máxima expresión en la obra de Xavier Moreno Juliá. La reconstrucción que hace Núñez Seixas de la experiencia de los divisionarios a través de sus testimonios personales (cartas, diarios de

guerra, memorias inéditas o publicadas, relatos de ficción, etc. como hizo Paul Fussell hace cuatro décadas con los soldados británicos de la Gran Guerra) y de una extensísima búsqueda en archivos internacionales, nos ofrece mucho más que la historia de una campaña y de una unidad militar, por demás modestas y poco relevantes en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Es un estudio de caso sobre la cultura guerra y su recuerdo en la sociedad española, y un excelente campo de pruebas para comprobar la vigencia de algunos estereotipos nacionales y de ciertos tópicos historiográficos.